

## ANTE LA HUELGA GENERAL DEL 29 DE SEPTIEMBRE

## ¿Reformar el capitalismo?

El proyecto de Unión Europea como unión de ciudadanos está prácticamente enterrado bajo la Europa de comerciantes, financieros y mercaderes

DANIEL BUENO VALENCIA

Cuando la economía mundial entró en caída libre en 2008, también lo hicieron nuestras creencias», afirma el Nobel Stiglitz en su último libro. Parecía claro durante 2008 y 2009 que el mundo estaba cambiando, que el capitalismo se estaba reformando para no volver a caer en una profunda crisis. El 15 de noviembre de 2008, en la cumbre del G20 celebrada en Washington, el jefe de Estado francés y presidente de turno de la Unión Europea, Nicolas Sarkozy, afirmaba que deberíamos replantear el sistema financiero desde cero, como en Bretton Woods.

Eran momentos de poner freno a la espiral especulativa, reflotando los bancos que más hundieron sus cimientos en barro sin valor, y actuando al mismo tiempo para reactivar la economía y el consumo, fuertemente contraídos como resultado de la crisis. El presidente español acababa de revalidar la victoria electoral en las urnas, el 9 de marzo de 2008, sin que hasta después de su victoria se empezase a utilizar la palabra crisis. ¿No recuerdan los eufemismos de «desaceleración», «enfriamiento», «ralentización», tan usados en aquellos meses para evitar reconocer la gravedad de la situación económica?

El 4 de diciembre de 2007 el candidato Zapatero prometió eliminar el Impuesto sobre el Patrimonio si revalidaba su victoria. Un regalo de cerca de 2.000 millones de euros a un millón de contribuyentes, a una media de 2.000 euros por contribuyente. El 27 de enero de 2008, Zapatero anunció la devolución en junio de 400 euros en el IRPF. Un regalo de 6.000 millones de euros para dieciséis millones de contribuyentes. El 'aterrizaje suave' en la crisis parecía que nos mantenía más tiempo en el aire que con los pies en la tierra.

Y se comenzaron las políticas de estímulo, por un lado al sector bancario, por otro, con el Plan E, un plan más enfocado a una crisis coyuntural de la construcción que una crisis profunda y sistémica como la que estábamos viviendo. Ni hablar de política fiscal. Ni hablar de control de gasto. Ni hablar de optimizar las inversiones, de cualificar el mercado de trabajo, de buscar formulas para que el ICO interviniera de una forma más directa en la fluidez de créditos a las empresas. Políticas mezcladas con graciosos deterioros del erario público por mor de propuestas electorales realizadas por sorpresa y a destiempo.

Debe tener razón Stiglitz, que contribuyó a la elaboración del programa electoral de 2008 del PSOE, con que la crisis se

ha llevado por delante las creencias de algunos. Pensábamos, ingenuos, que aquellos cuyas creencias entraban también en crisis eran los que habían sostenido el sistema de valores, ideas y políticas que dieron lugar al fundamentalismo económico del libre mercado. Pero no, finalmente no son ellos los que han visto derrumbadas sus creencias al ver fracasar sus experiencias: entran en crisis las democracias, triunfan los mercados.

Duele que ello sea así en una Unión Europea absorta en lo monetario y ausente en cuanto a cohesión social y desarrollo equilibrado. El proyecto de Unión Europea como unión de ciudadanos está prácticamente enterrado bajo la Europa de comerciantes, financieros y mercaderes. Pero si cabe, duele más que en uno de los pocos países importantes gobernado por un partido socialdemócrata, se de un cambio de rumbo tan radical, poniendo encima de la mesa un recetario de recortes sociales, laborales y salariales que contradice lo expresado hasta hace apenas tres meses de forma insistente.

Y en esto que llegó la reforma laboral: facilitar y abaratar el despido. «Abaratar el despido no es el camino para crear empleo, sólo provocaría más desigualdades sociales y menos protección a los trabajadores, sobre todo en un país donde todavía nos queda por avanzar en materia de protección social. El camino es crecer económicamente, ser competitivos, innovar, formación, educación: ése es el camino». Estas son palabras de José Luis Rodríguez Zapatero el 17 de enero de 2010, en una entrevista en el diario 'El País'. ¿Cuándo tenía razón el presidente, cuando afirmaba esto o cuando nos dice que es irremediable realizar un sacrificio colectivo?

Iban a reformar el capitalismo, y todo se queda en reformas en la misma dirección: menos derechos, menos protección y menos salarios. «Para satisfacción del dios mercado, le ofrecemos a trabajadores y trabajadoras como sacrificio! El 29 de septiembre hay que parar este ataque. Ceder un día de salario para defender nuestros derechos es una pequeñísima inversión en comparación con los recortes anunciados.

Daniel Bueno Valencia es secretario general de CC OO de la Región de Murcia.



## El ventrílocuo

El 29 de septiembre conseguiremos, sólo por un día de salario, demostrar que el trabajo digno y en condiciones debe ser la base de una economía productiva y sostenible

ANTONIO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

La desestructuración que ha venido provocando esta crisis en nuestro tejido productivo y en nuestro mercado de trabajo, desde que estalló hace ya casi tres años, corre en estos momentos un serio riesgo de perpetuarse si no conseguimos dinamizar la actividad productiva, recuperar el empleo destruido y frenar la fractura social de un creciente número de familias que carecen de recursos y de coberturas sociales. Y, lamentablemente, las últimas medidas dictadas por el Gobierno no marchan en esa dirección, sino en la opuesta. Lejos de alentar mejores perspectivas, arrojan aún más sombras al futuro económico de nuestro país.

La reducción de salarios, la congelación de las pensiones, la subida de la imposición indirecta o el cuestionamiento de la protección por desempleo, tendrán efectos muy negativos sobre el consumo; y el freno de la inversión pública y de las políticas sociales, lastimará la capacidad de las empresas y de las familias para salir adelante.

Se ha tratado por todos los medios de maquillar la incongruencia de las decisiones que se están tomando con un falso halo de inevitable necesidad, cuando lo cierto es que las cifras hablan por sí solas: durante la extensa etapa de crecimiento que precedió a la crisis, el peso del gasto social respecto al PIB español se mantuvo invariable, así que ni la evolución del gasto social ha sido proporcional al crecimiento económico cuando éste era positivo, ni puede decirse que España, precisamente, haya tirado la casa por la ventana en este sentido (ya que en la Europa de los 15 sigue estando a la cola en cuanto a recursos puestos a tal fin). En cambio, si que se han descuidado los ingresos: de una forma u otra se ha consentido el desarrollo de una cultura del fraude ya enquistada hasta el tuétano de nuestra economía, y no se ha abordado la necesidad de hacer de nuestro sistema tributario un sistema equitativo, progresivo, solidario y justo.

Y todo esto no es sino una cuestión de voluntad y decisión política. Hay un modo de organizarnos diferente al que se nos vende como único posible. Tenemos que responder a las necesidades de las personas y no a las de los mercados.

Mientras que las rentas del trabajo pier-

den peso, engorda el poder de influencia y agresión de los grandes grupos financieros y empresariales, los especulativos, los que se enriquecen sin crear riqueza. Y se ha llegado hasta el punto de conseguir pervertir un sistema democrático a través de esta suerte de oligarquía económica, que en estos momentos ejerce de privilegiado ventrílocuo de los gobiernos de medio mundo.

Y lo que realmente decepciona e indigna es que la respuesta de los gobiernos no ha sido la de regular de una vez por todas el sistema financiero, sino la de lanzarse a la carrera de los ajustes sociales y las concesiones en el retroceso de lo público. No hace falta ser muy avisado para darse cuenta de que el debilitamiento del Estado, la privatización de los servicios públicos, el desgaste del sistema público de pensiones, los ataques contra las organizaciones sindicales o la devaluación del mercado de trabajo, tienen los mismos pocos beneficiarios de siempre y los mismos muchos damnificados de siempre.

Desgraciadamente el Ejecutivo español se ha decantado por una política que sólo satisface a los primeros y que lejos de poner fin a la sangría de empleo que vivimos, nos restará derechos y empeorará nuestras condiciones de trabajo, obstaculizará el crecimiento económico y asestará el golpe de gracia a millones de familias que se sostienen únicamente con el amparo de la protección social.

Los trabajadores y trabajadoras de esta Región, de este país, de Europa entera, tenemos el coraje de hablar por nosotros mismos, sin ventrílocuos de ninguna clase, y tenemos la oportunidad de expresarnos de la forma más enérgica y contundente que nos permite nuestra Constitución, a través de una huelga que plante cara a esta cadena de agresiones contra lo público, contra la seguridad de los pensionistas actuales y futuros, contra la oportunidad que le debemos a los más jóvenes de sacar adelante sus proyectos de vida, contra los derechos de los trabajadores, contra la protección de los desempleados, contra el propio Estado del bienestar.

Yo estoy convencido de que el 29 de septiembre conseguiremos, sólo por un día de salario, demostrar que el trabajo digno y en condiciones debe ser la base de una economía productiva y sostenible. Conseguiremos demostrar la solidaridad y la unión de todos los trabajadores, pensionistas y desempleados; demostraremos que existe conciencia social en este país y que la democracia nos permite algo más que un voto cada cuatro años.

Antonio Jiménez Sánchez es secretario general de UGT de la Región de Murcia.

